

MEDITACIÓN SOBRE EL TEMA DEL AÑO «YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN» – 2/3

María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho». Y el Ángel se alejó (Lc 1, 38).

Con estas palabras pronunciadas por María termina el diálogo con el ángel Gabriel. Pero hay un texto paralelo a éste que se relata en la Carta a los Hebreos: «Cristo, al entrar en el mundo, dijo: "Tú no has querido sacrificio ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo... Entonces dije: Aquí estoy, para hacer, Dios, tu voluntad"» (He 10, 5-7). Este doble «sí», el de María y el de Jesús, se convierte en un solo «sí», de esta manera el Verbo de Dios se hace carne en María. En este doble «sí» la obediencia del Hijo toma cuerpo; María con su «sí» le da un cuerpo. En el «sí» de María y Jesús está contenido el «sí» de toda la humanidad, y a nosotros nos corresponde adherirnos a él. En el «sí» de Bernardita a «venir aquí durante quince días...» está incluido el «sí» de todos los peregrinos de Lourdes, es misión de los peregrinos de adherir a él.

En Lourdes, cuando la Señora de Massabielle el 25 de marzo de 1858, fiesta de la Anunciación, desvela su nombre «Yo soy la Inmaculada Concepción», revela su identidad profunda como fruto por excelencia de su «sí» a la Palabra de Dios.

La Inmaculada Concepción no debe entenderse solo como una persona en su pureza moral, aunque todos nosotros nos arrodillamos ante la pureza moral de María.

La expresión «Inmaculada» puede entenderse también como la «toma» de una persona por parte de Dios y, al mismo tiempo, como la aceptación por la fe de la voluntad de esa persona de colaborar en este proyecto divino que se le revela gradualmente.

En efecto, no se trata de un adjetivo sino de un sustantivo que se aplica no solo a un atributo sino a una realidad. ¿Qué realidad? La de la creación inicial y aún más la de la creación final. Con la Inmaculada, es la realización de nuestra humanidad la que se nos revela porque María es el primer signo de ella. Ella es el fruto más perfecto de la escucha de la Palabra y de su puesta en práctica. Por eso es el modelo de toda vida cristiana. Por eso San Pablo da gracias a Dios: «Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales en el cielo, y nos ha elegido en él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor. El nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad» (Ef 1, 3-5).

Por eso, en la persona de María contemplamos la Alianza que Dios hace con la humanidad como un misterio de confianza y receptividad. María vivió toda su vida como un abandono a la Palabra de Dios. Pero el abandono no significa una actitud de permisividad. Más bien, se trata de permanecer siempre en un estado de receptividad. «María dijo entonces: "Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra"». (Lc 1, 38)

Es Cristo quien es la Palabra. Es él quien nos hace Inmaculados en la medida de nuestra receptividad a su Palabra. Y es esta Palabra la que nos convierte en una nueva realidad.

«Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe más.

Vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo.

Y oí una voz potente que decía desde el trono: "Esta es la morada de Dios entre los hombres: él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos.

Él secará todas sus lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó".

Y el que estaba sentado en el trono dijo: "Yo hago nuevas todas las cosas". Y agregó: "Escribe que estas palabras son verdaderas y dignas de crédito"» (Ap 21, 1-5).

Para nosotros, peregrinos de un santuario mariano deseado por la Madre de Dios, esta actitud de receptividad consiste en llevar «a casa», a ejemplo de San Juan, a la que se nos regala como Madre (Jn 19,25). Veamos esto como una invitación a conformarnos con Cristo poniéndonos a la escuela de María. Y para los peregrinos de Lourdes, en la escuela de Bernardita. Esta escuela es una escuela de escucha de la Palabra de Dios, de oración, de compartir, de servicio a los pobres y a los enfermos, de piedad popular, de espíritu misionero, de ministerio sacerdotal, de experiencia concreta del rostro materno de la Iglesia, de conversión, de vida sacramental y de verdadera alegría. Es esta escuela de María la que debe ponerse en el centro cuando tomamos nuestras decisiones pastorales, administrativas y financieras. El «sí» de María y de Jesús son uno y el mismo. ¿Qué pasa con José? Es muy interesante lo que nos cuenta el papa Francisco sobre el «sí» de José, os invito a leerlo:

«Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad[13].

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»[14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1, 19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2, 13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2, 14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt, 2, 19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (Mt 2, 21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2, 22-23).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2, 21-24)[15].

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su "fiat", como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres (cf. Lc 2, 51), según el mandamiento de Dios (cf. Ex 20, 12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. Jn 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia[16] y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (Flp 2, 8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5, 8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente "ministro de la salvación"»[17] (Papa Francisco, Patris Corde).

P. Horacio Brito
Misionero de la Inmaculada Concepción de Lourdes
Capellán General de la HNDL